

APUNTES

Tomo V

43

1.º DE OCTUBRE DE 1940

Alas sobre Europa

América, escúchal. . . .

No es vuelo de garzas ni de ángeles . . .

Son alas que cubren el vasto horizonte
rompiendo las nubes,

retando los vientos;

son alas del hombre que el Odio fabrica,
son alas de aviones guerreros. . .

Las alas del ángel trajeron al mundo
su luz de esperanza:

un iris de ensueño, de paz y armonía.

Las alas del ave

llevaron al campo y al bosque y al río
su inquieta prestancia,

sus giros de luces,

el himno del vuelo triunfal y gozoso
y arrullos maternos de nidos. . . .

Las alas del hombre que fueron un día
banderas de Ciencia,

que alzaron el vuelo rompiendo mil vallas

por dar al Progreso conquistas eternas,

hoy son mensajeras de ruina y de muerte

hoy son emisarias de instintos protervos. . . .



56
55a
R.

....Y todos sabemos de quien son las manos
que azuzan las hienas;
cuál es la pupila soberbia, avizora,
que sigue la cárdena estela
de tales jaurías....

Una alma desierta que nunca ha sentido
el ala de un ángel rozar su existencia;
que nunca ha mirado la imagen de un niño
copiarse en sus ojos malditos;
que ignora la gracia, la música santa
que encierra en sus trinos
la risa de infancia....

—
Europa está en llamas....
Europa está envuelta
en sangre y en lágrimas....!

—
Ya no baja la tierna cigüeña
con fardos benditos;
sólo vuelan las aves que riegan
la hiel de la angustia
y atruenan con furia el espacio....
Ya no llega la azul golondrina
buscando el alero de viejos amigos,
ni tampoco la grácil paloma
llevando en sus plumas billetes de amores...
Sólo vuelan las hoscas bandadas
lanzando su aliento
que incendia los aires,
que incendia la tierra....

La Vida parece doquiera trepidan
las alas malélicas:
la Muerte se yergue cantando sus triunfos....
y sube a los cielos
la voz de los niños
que el soplo infernal de la guerra
dejara sin nidos...
Los niños....! La miel de la tierra ...!
La luz de los pueblos...! La esencia del mundo..!
Los niños tronchados
cual blandas espigas
por hoces salvajes....
Los niños buscando entre escombros
el rastro sangrante
que dejan sus padres...
Los niños asidos a troncos
de inútiles miembros,
buscando la luz de unos ojos
cerrados por siempre;
la miel de unos besos
que un hilo de muerte congela en los labios...
Los niños pidiendo a los hombres,
clamando a los cielos
piedad para el mundo... piedad para ellos...
La voz de esos niños,
su llanto alarido,
se mezcla al rumor de las alas
que cubren a Europa
y se alza más alta
pidiendo clemencia ...

Clamando Justicia, la eterna palabra,
la sola palabra que habrá de salvarlos. . . .
Que suba el clamor de esos niños,
que escale las sierras,
que llegue hasta el cielo
y encuentre el lucero de nuevos fulgores
que habrá de alumbrar otras sendas. . . .
que irradie en las almas de todos los hombres
el dulce reflejo:
florezcan de amor los hogares
y llenen los aires bandadas de aviones
llevando el comercio,
las ciencias, las artes. . . .
Retornen la fiel golondrina,
la amante cigüeña, la dulce paloma
y todas las aves unidas
entonen el himno que cantan las madres. . . .!

MARÍA OLIMPIA DE OBALDÍA.
(Panameña).

17 de mayo de 1940.

Ilusiones y desilusiones de un filósofo

(De *El Nacional*. México, D. F., 19 de abril de 1940).

La vida de Ernesto Renan, rica en inquietudes espirituales, luchas de consciencia e ideales generosos, no lo es menos en desilusiones y amargas. Vio sus sueños desvanecidos, sus

creencias arruinadas, sus profesías incumplidas. Diríase que un demiurgo irónico se afaná en seguir las huellas de sus vacilantes pasos para enterrar una y otra vez, los dioses que florecieron en su corazón: Cristo en la infancia, la Ciencia y la Democracia en la juventud. Y luégo que su inteligencia hubo de madurar en el estudio y la meditación, percibió que su alma era un altar vacío, que buscaba con melancolía la presencia de un Dios. Su razón lo buscó con ardor en la filosofía y en la historia, sus sentimientos lo invocaron con voces de plegaria en las profundidades íntimas de su sér. ¡Todo fue en vano! Lo absoluto se resistió a sus investigaciones de sabio y permaneció desdeñoso a sus súplicas de creyente, dejándole sumido en la incertidumbre.

Cuando la fe le abandona, Renan, no sin honda pena, revestido aún de sotana, sale para siempre de San Sulpicio, sediento de ideal y con la perspectiva de la pobreza. Tenía dieciocho años: era en noviembre de 1845. El drama interior que precedió a tan grave determinación, aunque desarrollado en la intimidad de su conciencia, no nos es desconocido. Las confesiones epistolares a su hermana Enriqueta nos permiten revivir las horas de angustia, sus oscilaciones dolorosas para emanciparse intelectualmente, rompiendo con la Iglesia sin odio ni rencor, más bien con sincero pesar. Sus propósitos no sufren cambio alguno, sino que se afirman con más

fuerza en su consciencia libre. Ha de vivir consagrado a la verdad y practicando la justicia. ¿Para qué buscar la Revelación en otro libro, que no sea en el de la Naturaleza y en el de la Historia? Un azar favorable le hizo trabar conocimiento con otro joven como él, preocupado de las cosas eternas. Una semejanza de aspiraciones, todas nobles, les unió en inteligente y cordial amistad, que la diferencia de opiniones no logró entibiar ni la muerte destruir, ya que el recuerdo de Renan fue compañero dulce y fiel de la vejez de Berthelot.

“Nuestras concepciones—afirma el gran químico—eran bastante diversas. Los dos estábamos por igual dedicados a la ciencia y al pensamiento libre. Renan, por su origen bretón y su educación clerical y contemplativa, se volvía hacia el pasado, gustaba menos de la democracia de la Revolución Francesa, y sobre todo de la transformación a la vez racional, industrial y socialista de la edad moderna”. No obstante, la influencia de Berthelot aparece decisiva durante los primeros años. “*L’Avenir de la Science*” que Renan escribiera de 1848 a 1849, lo demuestra de modo concluyente. En esta obra de juventud depositó toda la riqueza de su vida interior y las más generosas y entusiastas de sus ilusiones. Heredero de los Enciclopedistas, proclama la fe absoluta de la Razón y sus gloriosos destinos.

La honda transformación que la sociedad reclama sólo puede venir de la Ciencia, como sólo a la ciencia es dado resolver la cuestión social, que no es de goces y bienestar, sino de perfección y justicia. ¿No significa la Revolución Francesa el primer ensayo de la humanidad para dirigirse por sí misma? Tan grande admiración le merece, que no vacila en calificar de irracional la historia que le precediera. En la síntesis suprema de la cultura se armonizan la ciencia y la democracia, haciendo que el pueblo participe de la vida del espíritu. A esta socialización de la filosofía, de la belleza y de la moral, debe corresponder una universalización del trabajo manual. ¿No pulía lentes Spinoza? Por su parte Renan se haya dispuesto a renunciar el título de profesor por un oficio manual que le ocupe cinco horas y le produzca lo suficiente para vivir. La fe en la democracia tuvo en su alma una vida tan efímera como la Revolución del 49 en la Historia de Francia. Su confesión es terminante. “La reacción de 1851 y el golpe de Estado, me inspiraron un pesimismo de que no me he curado aún”.

Los mismos luctuosos sucesos que quebrantaron las creencias democráticas de Renan, afirmaron las convicciones republicanas y socialistas de Víctor Hugo. Lo que al filósofo inspirara pesimismo, produjo en el poeta tal indignación, que desde su destierro—se llevó a la patria en

la suela de los zapatos—empuñó la pluma acusadora para narrar la “Historia de un Crimen”, y dibujar con encarnizada saña la silueta borrosa de Napoleón el Pequeño. Al pasar y como de soslayo hemos indicado esa trinidad de decepciones que sufrió Renan: Catolicismo, Ciencia, Democracia. Aún había de experimentar otra, y de las más dolorosas. Nos referimos a su fe y amor por Alemania.

Cuando Renan abandona el Seminario de San Sulpicio encuentra en los consejos de su hermana y en la amistad de Berthelot dulce consuelo a sus pesares. En medio de la crisis religiosa que derrumbara el edificio de sus primeras creencias, tiene horas llenas de esperanza. “Dios a fin de sostenerme—cuenta Renan—me había reservado para entonces un acontecimiento intelectual”. ¿Qué acontecimiento es este, que sostuvo sus vacilantes fuerzas en aquel doloroso trance de su vida? Oigamos sus palabras: “He estudiado a Alemania, y creí entrar en un templo. Todo lo que allí he encontrado es puro, elevado, moral, bello y conmovedor. Es un tesoro, ¡Cómo son dulces y fuertes los alemanes! Yo creo que el Cristo nos vendrá de allí...” ¿Qué pensar de esto en nuestros días? La ironía es feroz. En vano había advertido Enrique Heine de los peligros que entrañaba para Francia esa creencia en una Alemania idílica como pueblo únicamente de poetas, músicos y filósofos. Renan prosigue:

“Sí, Alemania me encanta; menos la parte científica que su espíritu ético”.

Tal era la idea que se había forjado de Alemania. De aquí su dolorosa sorpresa al estallar la guerra del 70. Los rumores que precedieron a la catástrofe, destructora de una de sus ilusiones más queridas, llegaron a él cuando se hallaba de excursión hacia Spitzberg, en compañía del Príncipe Napoleón. Renan, apóstol de la fraternidad franco-alemana, se resiste a aceptar la mala nueva. Le parece absurda y en este sentido escribe a Berthelot. Mas su confirmación no se hace esperar. Renan regresa a París lleno de preocupaciones y temores. Un testigo de calidad intelectual nos describe la tribulación de su ánimo en aquellos días de duelo para el patriotismo francés. “El 12 de agosto—cuenta Jorge Brandés—me encontré a Renan en la calle, y estreché mi mano entre las suyas; nunca le ví más emocionado. Me cogió del brazo y durante una hora estuvimos paseando. Estaba desesperado. ¿Es que se ha visto una locura semejante?—me dijo. ¡Qué retraso para el espíritu de Europa! Cien años no bastarán para reconstruir lo que esas gentes han deshecho en un solo día. Cuando me despedí de él—añade Brandés—Renan lloraba. Desde entonces no le he vuelto a ver”.

La guerra fue un golpe brutal que le hirió en pleno corazón y pensamiento. Lo confiesa

con sincera amargura, Alemania había sido su maestra. Esto explica sus sufrimientos al contemplar a la nación que le había enseñado el idealismo, mofarse de todo lo ideal; al advertir que la patria de Kant, de Fichte, de Herder y de Goethe, se encerraba en un patriotismo egoísta, y que el pueblo que él presentó a sus compatriotas como el más moral y culto, se conducía en la guerra como la soldadesca de Wallenstein. Invocando el deber y la razón, se dirige a Strauss con gran dignidad, dando consejos de prudencia y moderación y sosteniendo que la unidad alemana no debía hacerse a expensas de Francia, sino con el asentimiento de ésta. Sus argumentos impregnados de humanidad y de justicia que no lograron persuadir al autor de "La vida de Jesús", menos habían de convencer a Bismark. El Imperio se crea sobre los despojos de Francia.

Una vez consumado el hecho, Renan reniega de las teorías alemanas. Para protestar del abuso de la fuerza ante la soberanía del derecho, se ve forzado a volver a las ideas francesas, a esos principios abstractos de la Revolución de que tanto se había burlado. "Yo había hecho el sueño de mi vida—habla Renan—trabajar en la débil medida de mis fuerzas en la alianza intelectual, moral y política de Alemania y de Francia; alianza que atraería a Inglaterra, constituyendo así una fuerza capaz de gobernar al mundo por

la vía de la civilización liberal. Mi quimera, lo declaro, ha sido destruida para siempre”.

Tales fueron las desilusiones espirituales de Ernesto Renan. Mas su vida no fue trágica. Un esceptismo consolador mitigó sus sufrimientos y aquietó su impaciencia frente al enigma del Universo y a la ignorancia del destino.

RAFAEL SÁNCHEZ DE OCAÑA

Anécdota

que tomamos de *Repertorio Americano*

(Se trata de Hobbes)

En su testamento reparte su fortuna entre parientes y amigos, por medio de legados, y se acuerda también de su ayudante de cámara. En vida fue generoso y compasivo, lo que sus amigos no podían hacer compaginar con sus principios. El capellán de la casa le pregunta un día, al ver que da una limosna a un pordiosero, en Londres, junto al río: “¿Hubiese usted hecho esto si no fuera un precepto de Cristo?”— “Claro que sí.”— “Pero ¿por qué?”— “Porque me era penoso el contemplar el estado miserable del anciano, y mi limosna, al aliviarlo un poco me alivia a mí también de la penosa impresión.” Su

herencia se acerca a las mil libras, más de lo que se podía esperar, teniendo en cuenta su generosidad, dice Aubrey.

(De Fernando Tonnies, en el muy interesante libro *Vida y doctrina de Tomás Hobbes*. Revista de Occidente. Madrid 1932)

La Francia traicionada en 1940.

Víctor Hugo escribió una carta que podría repetirse hoy

En Enero de 1871, cuando la primera caída de París en manos alemanas, Víctor Hugo escribió la siguiente carta que podría repetirse hoy:

“París terrible y alegre combatió. Buenos días, señora. Se es un pueblo, un mundo o un alma. Pero todos tus trabajos, oh pueblo, sólo sirvieron para capitular. Así vuelcan las naciones más grandes. ¿Para esto resistimos toda la noche de pie sobre los altos baluartes? ¿Para esto fuimos valientes? ¡Para ser blanco donde era flecha Prusia! ¿Para esto fuimos héroes, para esto fuimos mártires, querida amiga? ¿Para esto hemos luchado, abierto minas, roto puentes, fabricado fosos, clavado estacas, construido fuertes y desafiado la peste y el hambre? Es terrible,

señora. Para esto, Francia, se ha llenado las tumbas de cadáveres, como obscuras trojes de la batalla. ¡Santos cielos! ¡Después de tantas pruebas, después de tantos esfuerzos como ha hecho el gran París, ensangrentado, triturado y contento! Después de la augusta esperanza, de la inmensa espera de la ciudad toda portentosa, que sólo alentaba por la victoria; cuando la virtud crecía en la misma medida que los dolores; cuando los niños bombardeados en las calles recogían, riéndose, cascos de granada y balas; cuando ninguno de los ciudadanos ha desmayado; se entregó Francia, señora, y yo lloro al decirselo. A pesar del desinterés, del furor, de la altivez, del coraje de los valientes, *se cometió la cobardía*. Y esto es lo que estremecerá a la historia: ¡Ver tanta vergüenza abatir tanta gloria, por culpa de UN COBARDE QUE RINDIÓ LA ESPADA DE FRANCIA!»

VÍCTOR HUGO.

De *El Noticiero*.

El voto público de los Obispos alemanes

Fulda, 27 de agosto de 1940.—Los Cardenales y Obispos de toda Alemania, presididos por Su Eminencia, el Cardenal Faulhaber, de Múnich, reunidos en la misma augusta Iglesia

en donde está la tumba del célebre Obispo San Bonifacio, (siglo VIII), al cerrar su concilio anual, decretaron un acuerdo por el cual se hace público un voto de felicidad temporal para el Fuehrer alemán, con el deseo vehemente de que viva muchos años, para el bien de la Iglesia Católica alemana.

Este acuerdo se ha dado a conocer hoy por todos los periódicos del Reich y por todas las estaciones de radio.

(De *La Época*).

De José Martí

Tú no sabes, Amelia mía, toda la veneración y respeto tiernísimo que merece nuestro padre. Allí donde lo ves, lleno de vejezes y caprichos, es un hombre de una virtud extraordinaria. Ahora que vivo lejos, ahora sé todo el valor de su energía y todos los raros y excelsos méritos de su naturaleza pura y franca. Piensa en lo que te digo. No se paren en detalles, hechos para ojos pequeños. Ese anciano es una magnífica figura. Endúlcenle la vida. Sonrían de sus vejezes. El nunca ha sido viejo para amar.

Escríbeme sin tasa y sin estudio, que no soy tu censor, ni tu examinador, sino tu hermano. Un pliego de letra desordenada y renglones

mal hechos, donde yo sienta palpitar tu corazón y te oiga hablar sin reparos ni miedos, me parecerá más bello que una carta esmerada, escrita con el temor de parecerme mal. Ve: el cariño es la más correcta y elocuente de todas las gramáticas. Dí ¡ternura! y ya eres una mujer elocuentísima. (*Epistolario*, I, pág. 63. En una carta a su hermana Amelia).

Yo ya no soy hombre sentado: nunca lo fuí: menos, cuando empezamos a recoger la cosecha de nuestra paciencia y previsión: menos que nunca, hoy. Yo no lo hostigo. Ud. me ayudará allá en cuanto sea dable. Que lo que allí se haga me deje tan orgulloso como la prontitud y placer en el esfuerzo de los cubanos que acabo de ver: sobre todo de los de San José y Jamaica. Y mucha amistad,—mayor por la fuerza propia que mostramos,—mayor porque no andamos de mendigos,—de los países por donde acabo de pasar. ¡Qué pasión la de los colombianos! ¡Qué respeto el de los costarricenses! ¡Qué infeliz Jamaica, y qué caída con sus libertades inútiles, sin el dominio ni el concepto de sí propia! Es gris, como la vida de los esclavos. Los cubanos ¡quién lo dijera! son en Jamaica lo más simpático y vivo. (*Epistolario*, III, pág. 9).

Henry George vino de California, y reimprimió su libro *El Progreso y la Pobreza*, que

ha cundido por la cristiandad como una Biblia. Es aquel mismo amor del Nazareno, puesto en la lengua práctica de nuestros días. En la obra, destinada a inquirir las causas de la pobreza creciente a pesar de los adelantos humanos, predomina como idea esencial la que de la tierra debe pertenecer a la Nación. De allí deriva el libro todas las reformas necesarias. —Posea tierra el que la trabaja y la mejore. Pague por ella al Estado mientras la use. Nadie posea tierra sin pagar al Estado por usarla. No se pague al Estado más contribución que la renta de la tierra. Así el peso de los tributos a la Nación caerá sobre los que reciban de ella manera de pagarlos. La vida sin tributos será barata y fácil, y el pobre tendrá casa y espacio para cultivar su mente, entender sus deberes públicos, y amar a sus hijos.

No sólo para los obreros, sino para los pensadores, fue una revelación el libro de George. Sólo Darwin en las Ciencias naturales ha dejado en nuestros tiempos una huella comparable a la de Henry George en la ciencia de la sociedad. “El derecho se ha de defender con entereza; pero amar es más útil que odiar”.

Enero de 1887.

Lo del Libertador San Martín es la verdad; “serás lo que debes ser; o si nó, no serás nada.”

Contra la verdad, nada dura; ni contra la Naturaleza. El Canadá francés, ni inglés quiere ser, ni norteamericano: quiere ser francés. Los mexicanos de California, después de cincuenta años de vida con los Estados Unidos, no quieren ser de los Estados Unidos: quieren ser mexicanos. (*Epistolario*, II, pág. 162).

De don Alberto Brenes Córdoba

He leído algunas opiniones contrarias a la extensión del período presidencial y legislativo, diciendo que con ello se ocasiona una lesión a las instituciones democráticas y republicanas de Costa Rica, y que deben ser cuatro los años de gobierno, y cuatro los años de los diputados. Yo no pienso lo mismo. ¿En dónde está esa lesión? Qué tiene que ver la doctrina con los años? La mente de la Constitución es evitar el continuismo indebido de los gobiernos usando de medios vedados y contrarios a la ética de los principios. Pero que el período sea de seis años es cosa absolutamente posible, y si se quiere, necesaria a la vida del país. Puede decirse que es indispensable si queremos prosperar en lo económico, y en lo material y en lo moral. El único tropiezo que podría encontrarse es el de que el señor Presidente doctor Calderón Guardia no desee trasgredir el mandato de su elección y que los diputados sean de la misma opinión. Eso los enaltece, pero con ello no

se ha logrado el sano intento. Y para lograrlo basta con hacer las reformas para un período próximo y distinto al actual. Un diputado joven amigo mío vino a verme y me dijo que él no apoyaría esas reformas porque su mandato era por cuatro años, y que no se podría hacer mal uso de ese mandato aumentando el período sin contar previamente con la voluntad del pueblo. Le dije que tenía razón en su escrúpulo, pero que ello no le quitaba virtudes al proyecto. Y lo que yo pienso es muy sencillo y viene en apoyo de la democracia y de la realidad del Estado. Tal como estamos, el Presidente no dispone del tiempo necesario para una labor constructiva de fondo por tener que distraer buena parte de su tiempo en los asuntos políticos del principio, del medio y del final de su período. Estimo conveniente, pues, que deben alargarse los períodos administrativos de Presidente de la República y de diputados, debiendo nombrarse éstos en su totalidad para todo el lapso, *pero sin reelección inmediata*. De esta manera la politiquería se aleja mucho y el Presidente no tiene más camino que trabajar sin ponerse a contemplar problemas de índole política, ni mucho menos estar viendo quienes son los amigos que debe llevar lo más honestamente a la Cámara. Pero todavía hay una ventaja mayor y es la de que dejamos de gravar a los empleados públicos con ese tributo casi permanente de gastos electorales. Antiguamente eso no existía porque los partidos gastaban su dinero sin que nadie pensara en reembolsos, sino como ofrenda

a la causa de sus simpatías. Nadie soñaba en que se podían abrir las bolsas para ayudar al candidato más probable, en la seguridad casi inevitable de que el dinero volvía a su poder, como ahora ocurre. Eso es malo, y ahora ha resultado peor, ya que desde la pasada administración no solamente se han pagado los gastos de la campaña de presidente, sino los gastos de la campaña de medio período. Todo a costa de los empleados públicos. Eso es indebido. Por más vueltas que le demos y queramos justificarlo, es lo cierto que tal procedimiento no es democrático ni republicano. Por ese camino nadie sabe hasta donde vamos a llegar. Cada elección será más cara que la anterior. Más apetitos de los deshonestos partidarios que laboran por el interés, y todo, como antes dije, a costa del trabajador en puestos del Gobierno. Pienso entonces que el Congreso puede dar una ley constitutiva, o siquiera una ley común que disponga que unos seis meses antes de las elecciones, por ejemplo, se señale por el Congreso una prudente suma pagadera del Tesoro Público por tratarse de una función nacional, al partido que resulte favorecido por la mayoría de los electores, previa comprobación ante la Secretaría de Hacienda de la efectividad de tales gastos; consiguiéndose así que pueda haber limitación y control en ellos. Con esto y con que se asignara a los diputados no sueldo fijo como de algunos años a esta parte se practica, —lo que provoca la codicia del puesto por lo crecido del estipendio,— sino volviendo al antiguo sistema de dietas por se-

sión, se aleja la politiquería, o sea el juego de los intereses personales, que a la larga viene a ser la ruina de las democracias. Nos acostumbraremos, además, a ocuparnos menos en el trajín eleccionario y a entregarnos con más tesón a las actividades particulares, que son la legítima riqueza nacional.

(De un reportaje, julio de 1940).

Demasiadas Leyes

POR HERBERT SPENCER

Junto a los males positivos que causa el exceso de legislación, y que son enormes, se han de colocar los males negativos, procedentes de la misma fuente y que no son menores.

El Estado no es solamente culpable de hacer cosas que no debiera hacer; lo es también, y *por una inevitable consecuencia*, de descuidar otras cosas que debiera hacer.

El tiempo y las fuerzas humanas son limitados: así es que cada uno de los pecados que el legislador *comete* va acompañado de un pecado por *omisión*. La injusticia es necesariamente doble. A toda intervención enfadosa corresponde una funesta negligencia; y esto durará mientras los hombres de Estado no estén dotados de ubicuidad y de omnipotencia.

Todo instrumento empleado en dos fines no

alcanzará uno de ellos sino imperfectamente; esto está en la naturaleza de las cosas.

Alguien ha dicho muy bien:

«La hoja que se ha querido hacer a la vez para cortar y para rasurar, no rasurará tan bien como la hecha *ad hoc*, ni cortará tan bien como un cuchillo de mesa. Una Academia de pintura que tuviese que tener a la vez un establecimiento de banca, no expondría probablemente más que cuadros malos y no descontaría sino letras dudosas. Una Compañía de alumbrado por gas que a la vez fuese una Asociación para el sostén de una escuela de niños, tememos que no supiera sino educar mal a éstos y alumbrar peor las calles.

Y si una administración emprende, no ya dos funciones, sino una multitud de funciones; si un gobierno, cuyo oficio propio es defender a los ciudadanos contra toda agresión, de fuera o de dentro, se embaraza propagando el cristianismo, distribuyendo limosnas, fijando precio a los alimentos, inspeccionando minas, reglamentando ferrocarriles, vigilando las construcciones, sometiendo a tarifas las carreras de los coches, vacunando a nuestros hijos, haciendo partir a los emigrantes, regulando el número de horas de trabajo, inspeccionando los hoteles, examinando a los capitanes de la marina mercante, creando bibliotecas públicas, leyendo y autorizando

las obras escénicas, vigilando los navíos destinados a recibir pasajeros, inquiriendo si las habitaciones están provistas de agua, reglamentando una infinidad de cosas, ¿no es cierto entonces que cumplirá mal su principal deber, y tanto más cuanto más numerosos sean los asuntos en que se haya mezclado?

¿No es manifiesto que gastará sus fuerzas y su tiempo en planes, informaciones, escrutinios, acuerdos, etc., con gran detrimento de su tarea verdadera?

Hé ahí, pues, donde se ha de buscar la causa próxima de todas nuestras abominaciones legales. Soltamos lo cierto por lo dudoso. En nuestras casas, nuestros círculos, nuestras tabernas, no se oyen más que discusiones sobre las leyes de los cereales, sobre los asuntos eclesiásticos, sobre cuestiones de educación, de salud pública, problemas todos ellos ocasionados por exceso de legislación.

Pero esa cuestión que se llama administración de la justicia, apenas si es tenida en cuenta, y soportamos el ser a diario oprimidos, engañados, robados. Esta administración, creada para socorrer al ciudadano caído en manos de los ladrones, le hace al contrario víctima, por añadidura, de procuradores, de abogados, de una legión de hombres de ley; asalta su bolsa con asignaciones, legajos, de-

claraciones, citaciones, derechos de toda especie y gastos innumerables; le embrolla en ese dédalo de las diligencias ordinarias, diligencias de cancillería, prosecuciones, prosecuciones reconventionales, apelaciones: en muchas ocasiones, la ruina, y no un auxilio, es lo que le proporciona.

Supongamos que el legislador haya tenido por únicas funciones reconocidas el cuidado de proteger a los ciudadanos contra los ataques de fuera y los de dentro.

¿Créese que entonces la administración de la justicia hubiera podido corromperse de la manera que lo está?

Un niño sería capaz de ver que, conociendo las gentes cada vez más las corrupciones de la ley, y haciéndose universal el odio a las atrocidades legales, hubiérase acabado ya con ellas, si la administración de la justicia hubiera sido el *objeto* de la política.

Si el Estado se encerrase en sus funciones defensivas y judiciales, no sólo serían los particulares, sino también los legisladores, quienes protestaran de los abusos. El campo de acción de los hombres públicos se reduciría, las ocasiones de lucro se harían más raras, y todo lo que los miembros del Parlamento gastan hoy de inteligencia, de habilidad y de elocuencia, imaginando más y más planes impracticables,

forjándonos más y más males artificiales, lo gastarían entonces en hacer la justicia honrada, segura, rápida y poco costosa. Y las necias complicaciones de nuestro mecanismo legal, en las que los no viciados no ven nada, y en las que los iniciados ven cada uno un aspecto, ¡cuán pronto hubiesen acabado!

¿Quién entre sus conocidos particulares, no tiene ejemplos del funesto poder de ese sistema judicial en detrimento de toda nuestra vida social?

Hace a casi todas las familias más pobres que seríanlo sin él; es casi un obstáculo en todas las transacciones comerciales y motivo de constantes cuidados para todos los hombres de negocios.

Ahora bien, esa pérdida incesante de propiedades, de tiempo, de buen humor, de bienestar, la recibimos sin pronunciar palabra en contra de ella.

Ahora, considérese hasta qué punto esta política viciosa se complica, cómo obra y ejerce su influencia, cómo multiplica las injusticias.

Esta legislación embrollada, no sólo no sabe curar los males de que se ocupa, no sólo empeora más de un mal, no sólo ocasiona enfermedades nuevas, peores que las antiguas, sino que, en el momento de obrar así, atrae hacia los hombres toda la masa aplastante de iniquidades, de latrocinios, de crueldades, de ruinas, que son las consecuencias de una justicia descuidada. No sólo, a tantos males

positivos, agrega ese mal negativo, sino que este mal, favoreciendo una gran cantidad de abusos sociales que sin él no existirían, da acceso a nuevas intervenciones, que obran y ejercen su acción como en los casos anteriores. Así, como siempre, «lo que mal empezó mal continúa.»

Mucho se podría decir acerca de las complicaciones a que por fin debe llevar esa manera de amontonar un reglamento sobre otro (verdad es que los reglamentos precedentes hacen necesarios los que siguen), complicaciones que traen desacuerdos, retrasos, disputas, y que en suma son gran embarazo para nuestra vida social.

También se debiera aquí hablar de los esfuerzos perturbadores de «esa grosera ilusión, como dice Guizot, designada con el nombre de fe en el poder soberano de la máquina política»; a esa ilusión atribuye en parte, y no sin razón a nuestro entender, la última revolución que tuviera efecto en Francia; y ella es la que fortifica toda intervención nueva del legislador.

Cualquiera de esos filántropos entusiastas que constantemente reclaman del Parlamento un acto cualquiera para remediar este o el otro mal, o para procurar a la nación tal bien, opinará que voy a buscar muy lejos objeciones demasiado vulgares, si digo que es causar un perjuicio moral a las gentes

si por ellas se hace lo que por sí solas podrían hacer. Dichos filántropos, represéntanse con los más fuertes colores el bien que esperan llevar a cabo, y que es cosa positiva y fácil de imaginar.

Pero lo que no se representan es el efecto que va a producir en el espíritu de la nación, efecto invisible y que se acumula poco a poco: así es que la nación no cree en él; o si no lo niega, al menos lo juzga indigno de atención.

Y sin embargo, debieran saber que el carácter nacional se forma bajo los golpes repetidos de los accidentes cotidianos!

Los profesores de los pasados tiempos, que trabajaban con ahinco para arrebatarse a sus discípulos a todas las dificultades, no veían que hacían hombres muy poco capaces de salir de apuros en la vida.

Por el contrario, el profesor de hoy, que enseña al discípulo* a resolver por sí mismo todas las dificultades, lo prepara, y de buen modo, para las que encontrará una vez en el mundo, y que habrá de vencer sin ninguna ayuda; y lo que le fortifica en su creencia es que una buena parte de los hombres más felices en sus empresas son los hijos de sus obras.

Y lo que se aplica a los hombres es aplicable a las naciones: de su educación depende su prosperidad.

* No se trata aquí de chiquillos de escuela primaria.—e. j. r.

Porque, en fin, las naciones se componen de hombres; ¿y no se forman los hombres, en la edad adulta, con arreglo a las mismas leyes que en la infancia? ¿No es cierto, si nos fijamos en el borracho, que cada desorden agrega un hilo a los lazos que lo oprimen? ¿si pasamos al comerciante, que cada adquisición acrecienta su deseo de adquirir? ¿si nos trasladamos con el pensamiento al pobre, que cuando más se le ayuda más ayudado quiere ser? ¿si saltamos al hombre de acción, que cuánto más tiene que hacer más es capaz de hacer?

Pues bien, si para el individuo la ley es adaptarse a las condiciones que le son creadas, ¿porqué no ha de ocurrirle lo propio a la nación? ¿porqué los miembros suyos no han de ser tanto más capaces de ayudarse unos a otros cuanto menos los ayude el Estado, y tanto menos capaces de ayudarse cuánto más éste los ayude?

No podemos sustraernos a las leyes del desenvolvimiento de la naturaleza humana, como no nos es posible sustraernos a la ley de la gravitación.

—Pero, se nos va a preguntar, esa pretendida falta de iniciativa, que tiene por causa la vigilancia demasiado incesante del Estado, ¿porqué resultados precisos se revela?

—Por un retraso en todos los desarrollos de la sociedad que exigen, de parte de los individuos,

alguna confianza en sí mismo; por una timidez que tiene miedo a toda dificultad de nuevo género; por una necia facilidad para contentarse con todo lo que existe.

Quiérase comenzar por considerar con la atención que se merecen los progresos incomparables de los Estados Unidos, de ese pueblo compuesto de hombres los unos hijos de sus obras, los otros descendientes casi inmediatamente de seres que fueron hijos de sus obras. Y váyase acto seguido al viejo continente, considérese con cuánta lentitud marcha todo en él, y con cuánta mayor lentitud aún marcharía sin la iniciativa de los ingleses.

Váyase a Holanda, y se verá que los holandeses, en otro tiempo buenos mecánicos, tan experimentados en hidráulica, dejan que en Amsterdam el agua escasee hasta el punto de ser necesario actualmente que una compañía inglesa emprenda los trabajos precisos para procurar a la población el agua necesaria.

Váyase a Berlín; allí se oirá decir que la ciudad no tiene agua, mientras Londres está de ella provisto desde hace varias generaciones, y que en este momento una compañía inglesa se dispone a procurársela, con capitales ingleses y directores ingleses.

Váyase a París; se observará allí el mismo mal, y se verá discutir el mismo remedio.

Váyase a Viena, y se oirá decir que esta población, como otras muchas del continente, debe a una compañía inglesa el estar alumbrada por el gas.

Váyase al Ródano, al Loira, al Danubio, y se descubrirá que la navegación a vapor ha sido establecida en estos ríos por ingleses.

Tómese informes respecto a los ferrocarriles de Italia, España, Francia, Suecia, Dinamarca; préngtense cuántos fueron proyectados por ingleses, cuántos sostenidos en gran parte por capitales ingleses, cuántos construidos por empresas inglesas, cuántos dirigidos por ingenieros ingleses. No se tendrá más que desearlo para saber que allí donde los ferrocarriles fueron hechos por el Estado, como en Rusia, fue menester recurrir a ese tesoro de energía, de perseverancia y de habilidad práctica que amontonaran Inglaterra y los Estados Unidos.

Si estos ejemplos no dicen bastante sobre lo que hay de aliento en una raza acostumbrada a depender de sí misma, y de entorpecimiento en una raza sometida a un gobierno paternal, no habrá más que leer los diversos volúmenes de los viajes por Europa de Laing, si se desea estudiar este contraste en sus detalles.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de tal diferencia?

Según la naturaleza de las cosas, el arte de ayudarse a sí propio no puede tener más que una

fuelle: la costumbre de ayudarse a sí mismo, y, cosa absolutamente igual, por otra parte, la ignorancia de este arte no puede provenir sino de una costumbre de no recurrir a él.

¿No se ven comprobadas estas leyes por los ejemplos que nos ofrecen Inglaterra y Europa? ¿No estaban los habitantes de las dos comarcas, hace pocos años, en el mismo punto respecto a iniciativa?

Hasta, si se quiere, los ingleses encontrábase más atrasados en industria, colonización y comercio.

El cambio tan profundo que los ingleses experimentaran en este sentido ¿no tuvo lugar al mismo tiempo que tomaban sus nuevas costumbres de independencia? Y este cambio ¿no tuvo por causa esas mismas condiciones?

Si lo dicho se pone en duda, indíquenos una causa más probable. De lo contrario, menester es reconocer que este enervamiento de un pueblo constantemente secundado por su gobierno no es un ínfimo asunto, que no hay asunto más grave que él.

Detener en todo sentido el crecimiento de una nación, es hacer un mal que ningún beneficio compensa.

Por otra parte, un hecho maravilloso es el que observamos en los anglo-sajones, que se diseminan por toda la tierra cuando ninguna otra raza del continente sabe hacer lo propio.

Piénsese que esta diferencia debe tener por razón de ser principal una diferencia de caracteres; piénsese que esta última debe provenir ante todo de una diferencia de educación; y se verá entonces que la política, en lo que concierne a educación, puede contribuir poderosamente a los destinos de un pueblo.

A pesar de todo lo dicho, no tenemos la sencillez de creer que un razonamiento cambiará las convicciones de los que ponen su confianza en las leyes.

Las razones que hemos expuesto pesarán en ciertos espíritus. Para otros espíritus distintos, tendrán poca o ninguna importancia; y, con éstos vano ha de resultar siempre el empleo de tales razones.

La experiencia no nos enseña sino una parte de la verdad.

Para que una experiencia nos sirva de enseñanza, es menester que podamos comprenderla.

Y las experiencias que llegan a cierto grado de complejidad son incomprensibles para la mayoría de los hombres.

Que es lo que sucede con la mayor parte de los fenómenos sociales.

Recordemos que, desde hace dos mil años y aun más, los hombres vienen dictando reglamentos para el comercio, y que estos reglamentos dan por resultado el debilitamiento de ciertos negocios, matando a otros.

Y en vano esta lección se ofrece constantemente a todo el mundo: hasta los últimos tiempos no se ha hecho el descubrimiento de que el pasado había sido un funesto error; y aun hoy somos muy pocos los que tal cosa reconocemos.

Pues bien, sepámoslo; las lecciones más frecuentes y más variadas de la experiencia no son lecciones hasta el día en que los espíritus se hallan en estado conveniente para recibirlas. Más aún, cuando las reciben, no es sino de un modo imperfecto. La verdad que encierran no es entendida sino a medias, hasta por aquellos que mejor la debieran comprender.

Hé aquí, por ejemplo, lo que dice Robert Peel en uno de sus últimos discursos, después de describir el maravilloso acrecentamiento que el libre cambio ha causado en el consumo.

«Luego si podéis sostener el consumo en tal estado; si, *por vuestras leyes y gracias a la Providencia, podéis mantener en el estado actual la demanda de trabajo, y dar a vuestro comercio y vuestra industria la prosperidad*, no sólo acrecentaréis la suma de dicha de que gozan los hombres, sino que aseguraréis a los agricultores de este país un beneficio, porque este aumento de pedidos contribuye por encima de todo a su bienestar (1).»

Así, pues, esta prosperidad, que se debe a la

(1) The Times, 24 feb. 1850.

supresión de toda ley acerca de este punto, encuéntrase aquí en relación con un género aparte de legislación.

«*Podéis* sostener la demanda—dice el mencionado orador—*podéis* dar al comercio y a la industria la prosperidad.»

Y, al propio tiempo, los hechos que cita declaran que *el sólo medio para los legisladores de hacer todo esto consiste en no hacer nada.*

La verdad en la cual, en este sentido, descansa todo, esa verdad que dice que la ley ha causado males infinitos y que esta prosperidad era el efecto no de la ley, sino de la ausencia de la ley, es una verdad de que se ha prescindido, y la fe en las leyes en general, en vez de haber sido forzosamente conmovida por esta experiencia, parece tan sólida como nunca.

Luego, si en los asuntos del comercio, que por comparación se pueden llamar simples, las lecciones de la experiencia han sido letra muerta durante tanto tiempo, ¿cómo esperar, en sujetos en los cuales se mezclan todos los hechos de la vida social, morales, intelectuales y físicos, cómo esperar que se aprecien sanamente desde ahora mismo las verdades ofrecidas a nuestras miradas?

Los hechos todavía no se pueden hacer reconocer por medio de hechos. El alquimista achacó siempre sus desaciertos a cualquier falta de proporción en los ingredientes, a la impureza de éstos, o

bien a la temperatura demasiado elevada en el momento preciso, pero nunca a la futilidad de sus experiencias ni a la imposibilidad de su proyecto.

Y de igual modo, cuando se le habla de un fracaso del Estado, y se quiere deducir de ese fracaso la impotencia de todos sus reglamentos, el adorador de la ley explica el asunto y se desembaraza de él invocando tal olvido ligero, tal pequeño error; pero estos olvidos y estos errores se evitarán en lo sucesivo, sale de ello garante. Y de tal modo se acoraza contra los hechos, y en su armadura, unos tras otros, van esos hechos a estrellarse.

En resumidas cuentas, esta fe en el gobierno tiene un sentido orgánico; no puede disminuir sino por vía de eliminación natural.

Es una forma sutil del fetichismo, tan natural en el hombre en la fase actual de la evolución, como la otra, su grosero prototipo, lo fue en una fase anterior.

Desde la época en que los gobernantes pasaban por semidioses, la idea que se tiene de su poder no ha cesado de degradarse. Esta degradación continúa siempre, y es menester que termine.

Indudable es que cada hecho nuevo que nos alumbrá contribuye a ello hasta cierto punto, aunque no tantas veces como parece al pronto.

El solo hecho estable es el cambio, por muy débil que sea, que se produce en el carácter. Por-

que mientras el espíritu subsista cortado con arreglo al mismo patrón, de poco servirá que se le arranque tal error especial: en seguida se deslizarán en él por cualquier lado otros del mismo género.

Todas las supersticiones tardan en morir: tal es la regla; y mucho nos tememos que la fe en la omnipotencia del Gobierno no sea su excepción.

Compendiado por E. J. R.

Anecdotario

por JULIO VIVES GUERRA

“EL SEMANARIO”, DE CALDAS—Todos oímos hablar de “El Semanario”, de Caldas, y muy pocos saben cuándo salió ese periódico, cómo era, qué se publicaba en él, cuánto representó en la prensa de la nación y demás circunstancias.

Entre esos miles que ignoran tales detalles estaba yo hace media hora, y por eso quiero dar algunos informes al respecto.

El “Semanario del Nuevo Reino de Granada”—verdadero y completo nombre de aquel periódico—vió la luz el 3 de Enero de 1808, de pequeño tamaño y con 8 páginas.

En ese periódico colaboraban los mejores escritores de la agonizante colonia, como Restrepo, Salazar, Lozano, Camacho, Valenzuela, Domínguez, Fernández, etc.

“El Semanario” era un periódico interesantísimo, y de él dice un historiador:

“Desde los primeros números se vio que sería benéfico para la geografía, la estadística y el comercio del Nuevo Reino; las ciencias naturales, la medicina, la literatura, todo lo práctico, todo lo útil y todo lo bello aparecía allí expuesto por hombres de erudición y talento”.

Y un alto escritor extranjero—el señor Acosta y Calvo—escribió:

“EL SEMANARIO, uno de los periódicos más originales que se hayan escrito en lengua española”.

Pero el gobierno colonial, dando patadas de ahogado, quiso poner a Caldas en tutoría literaria y periodística y nombró censor a un tal Santacruz, militarote zafio y analfabeto que, como el fraile Echevarri, el censor de Fernando VII, manchaba las páginas de “El Semanario” con la bazofia conventual.

De ese militronche decía el sabio Caldas en una carta particular:

“Es un soldado educado en el cañón y con las balas”.

Por todos estos motivos, el periódico empezó mal, y el sabio Caldas, desalentado, se producía así en la misma carta:

“La libertad literaria expira si el magistrado se arroga la autoridad desconocida de corregir a los hombres de letras. Yo espero que cuando publique la latitud de este observatorio, me diga que suprima o añada un minuto”.

A esto se sumaba que, antaño como hogaño los suscriptores de gorra eran legión. Cuando salía, "El Semanario" y se lo llevaban a un suscriptor, había en la casa de este un desfile de criadas con recaditos de la vecindad:

—Que mil expresiones de mi señora Fulana y que cuando acabe de leer la gaceta se la *emprieste*.

—Que muchas memorias de mi señora Zutana y que si ya leyó el papel que se lo mande.

—Que tántas saludes de mi señora Mengana y que le *desempreste* el papelito, que ella se lo devuelve apenas lo lea.

Por eso Caldas escribía cada vez más desesperanzado:

"Temo mucho que EL SEMANARIO pare por falta de suscriptores, pues no llegan a cincuenta".

Los suscriptores eran menos de cincuenta; pero los lectores eran más de mil. Proporciones guardadas, hoy pasa cosa semejante. Hay gentes que van a las barberías con el exclusivo objeto de leer de gorra los diarios que ha comprado el barbero.

Y hay individuos que en su manía de pedir prestados libros y periódicos, hacen recordar el dístico dialogado de Ricardo Palma:

"—Mi mujer es un libro,
por lo que sabe.

—Pues présteme ese libro
cuando lo acabe".



LA CARTERA VIEJA

A fines de la última guerra civil vivía en su hacienda de «Casa-Roja» don Roberto Escobar Santamaría, un gran señor a quien sus amigos apodaban «El Mascón».

Rico, inteligente, generoso y expansivo, don Roberto se holgaba en reunir en su casa a los intelectuales y los agasajaba con jirás, cabalgatas y «piquetes».

Alguna vez invitó don Roberto a todos «sus bohemios», como Fouquet, «a sus poetas», a una sonada fiesta que daba con motivo del cumpleaños de su preciosa hija Elvira, la primogénita.

Acudieron todos, cargados de endechas y madrigales cuidadosamente labrados, para que fueran dignos de la gentil chiquilla, que con sus risueños cinco años alegraba la casa.

Cuando estaban todos reunidos, como notaran y anotaran que no había llegado el poeta Julio Flórez, don Roberto preguntó:

—Qué será, de Julio, que no viene?

Diéronse a comentar la ausencia del altísimo poeta, y de pronto interrumpió los comentarios la llegada de un indio que le entregó al señor Escobar Santamaría un pliego cerrado, con este sobrescrito:

«A la gentilísima princesa
Doña Elvira Escobar
Remite su rendido admirador
Julio Flórez».

Abrió el señor Escobar la cubierta, y de ella sacó una hoja seca de laurel y un pliego fino y perfumado donde estaba escrita esta décima:

«De aquella corona vieja
que en la pared, suspendida,
de mi cuarto, es de mi vida
nó un triunfo, sino una queja,
dorada como una abeja
esta mañana cayó
esa hoja mustia que yo
me apresuro a regalarte:
sólo laurel puede darte
quien laureles cosechó».

Todos aplaudieron la espinela del autor de «La Araña», algunos la copiaron, y luégo, en alegre cabalgata, fuéronse a Funza.

Andaban recorriendo la plaza de la pintoresca población, cuando se acercó al poeta Daniel Ortega—que casi se había aprendido de memoria la décima—una viejecita y le pidió limosna.

Al oír la petición plañidera de la mendiga, Ortega recordó la décima de Julio Flórez y la parodió de la manera que abajo leerá el que leyere.

Es de advertir que la ingeniosa parodia de Ortega se la han adjudicado a Clímaco Soto Borda más de cuatro autores, y hoy me place darle a aquel César lo que de ese César es.

Dice así la parodia:

«En esta cartera añeja
que en el bolsillo metida
de mi saco, es de mi vida
nó un triunfo sino una queja,
rugoso como tú, vieja,
está mañana cayó
este billete que yo
me apresuro a regalarte:
sólo ruinas puede darte
quien en la ruina vivió».

UN POLLO PARLANTE

—El general Bolívar no se asusta de nada—afirmó el teniente.

—Todos nos asustamos—dijo convencidamente el capitán.

—Pero ya hemos visto que el General no se asusta de nada—repitió el teniente.

—Quizás no se asuste, pero se sorprende—agregó el capitán que, por lo visto, era muy dado a hacer resaltar los matices filológicos.— Ya verás tenientillo, que esta tarde en la comida, si no lo asusto, por lo menos lo sorprendo.

—Y cómo, capitancillo?

—Muy fácilmente. Tú sabes que yo tengo la habilidad de poner la voz en donde quiero.

—Cierto, hombre, que tú eres un buen ventrílocuo.

—Sí, y el único que lo sabe eres tú, porque para nuestras bromas y «pegaduras» he querido que nadie lo sepa.

—Y qué piensas hacer, capitancillo?

—Verás, esta tarde, tenientillo, cuando estemos comiendo en el Estado Mayor.

Este diálogo lo tenían dos oficiales del Libertador Bolívar—el capitán Morales y el teniente Landínez—en el atrio de uno de los templos de Quito, una hermosa mañana.

Ya por la conversación se sabe que el capitán Morales era ventrílocuo; habilidad que le servía para sus bromas, a veces pesadas.

Llegó la hora de la comida en el Estado Mayor.

Bolívar tomó asiento a la cabecera de la mesa y, a una cortés indicación suya, hicieron igual cosa los jefes y oficiales.

Humeaba un sustancioso gallo asado, en la fuente de plata que el Libertador tenía delante. Tomó éste el cubierto, clavó el tenedor en el costado del jugoso volátil y, de pronto, «el semidiós de América» se incorporó rápidamente al oír que el ave difunta y tostada le plañía con voz quejumbrosa:

—General, no me despedace, que soy padre de familia y estoy sin confesión.

Repuesto Bolívar de su sorpresa, como lo sobrenatural tenía lo sin cuidado, preguntó sonriendo, y lanzando una mirada circular:

—Alguno de ustedes es ventrílocuo?

—Yo, General,—contestó el capitán Morales levantándose y cuadrándose.

—Pues sepa usted que me asustó, capitán—repuso Bolívar.—A ver, dénos otra prueba de su habilidad.

El capitán Morales sonrió; pero los demás rieron a carcajadas cuando oyeron que el gallo, desde su lecho de muerte, gritaba y cantaba:

Qui-qui-ri-quí!...el capitán Morales va a ser ascendido!...qui-qui-ri-quí!

Bolívar rió de buena gana y, dirigiéndose al capitán, le prometió:

—Lo será usted en la primera batalla, capitán.

EL ALEMAN DE SOTO BORDA

Cierta noche, hace de ello unos veinticinco años, andaba de bureo por Usaquén, Clímaco Soto Borda, en compañía de un amigo que, si no estoy mal de datos y recuerdos, era el bardo Francisco Restrepo Gómez, el dolorido autor de las tristes coplas:

*Canta mis coplas bajito,
canta bajito mis coplas!*

El último remanente de centavos que tenían los dos poetas se les había ido en «el gorro»—como llaman en Antioquia la postrera consumación—y no sabían cómo arreglárselas para regresar a Bogotá.

Cariacontecidos entraron en un restaurante y se sentaron al pie de una mesilla a deplorar su malaven-

tura, cuando entró un corpulento y rubio señor, a quien por el pergenio y el acento tuvieron y diputaron por alemán, y lo era efectivamente.

En ese tiempo estaba la otra guerra europea en toda su fuerza, y Soto Borda, apenas se enteró de que el recién llegado era un germano, vio el cielo abierto y, como siguiendo una conversación, le dijo a su compañero, después de guiñarle el ojo:

—Según iba diciéndote, Pacho, no hay una nación como Alemania. ¡Qué fuerza! ¡Qué pueblo! ¡Qué sabios! ¡Qué filósofos! ¡Qué poetas!

Y siguió haciendo la apología de Alemania.

En la conversación salieron a relucir las viejas catedrales que se reflejan en las aguas del Rhin legendario; Berlín, con su paseo de los Tilos; Nuremberg, con sus fábricas de juguetes; La vieja Colonia, donde los estudiantes «cantan baladas y beben cerveza»; el hada Loreley, que peina sus cabellos rubios sobre la roca abrupta y atrae con sus cantos sortilégicos a los pescadores; «la soñadora virgen de la crilla que el corazón inflama del guerrero»; las pensativas rebecas germanas que llenan sus cántaros rojos en las pozas de las plazoletas; la luna de Beethoven, apacible e imsomne, a cuyo fulgor tejen sus danzas los nixos de la rivera....

Todo lo que Soto Borda sabía de Alemania lo vació en los oídos de Restrepo Gómez y del rubicundo teutón, que escuchaba encantado. Por fin éste no pudo contenerse, se levantó de su mesa y se acercó a los dos vates.

—Usted es germanófilo?—le preguntó a Soto Borda.

—Claro, señor, y mi compañero también—contestó Clímaco, que era francófilo a machamartillo—. Somos germanófilos, como todo el que tenga corazón y cabeza.

El alemán «lo mandó servir» y luégo invitó a los dos amigos a regresar a Bogotá en su coche, que esperaba en la puerta. Una vez llegados a la ciudad le dijo a Soto Borda:

—Olvidaba preguntarle: ¿cuántos años estuvo usted en Alemania?

—Diez años y medio, señor—contestó Soto Borda, mirando en torno, para la escabullida que meditaba.

—Entonces usted conocerá el alemán.

—No, míster, porque cuando el alemán llegó, ya yo me había venido.

EL SACERDOTE Y EL POETA

El R. P. Darío de La Torre, es honra del clero colombiano por su ilustración, por sus virtudes y, sobre todo, por su espíritu caritativo.

Un sólo rasgo del carácter evangélico del padre Latorre —entre centenares que pudiera contar— lo pinta como un verdadero ministro de Cristo.

Cuando el general Aristides Fernández era ministro de guerra y extrañó de Bogotá a los señores Carlos Martínez Silva, José Joaquín Pérez, Isidro

Nieto y otros, éstos fueron a dar a no recuerdo qué pueblo de Cundinamarca o de Boyacá.

Era muy conservador ese pueblo, estaban enconadísimas las pasiones políticas y se hallaban los colombianos bajo la presión de un justificadísimo miedo a los gobernantes de aquella época.

Por ese motivo los desterrados se vieron en pésima situación, no por falta de dinero sino porque las gentes de ese pueblo les negaron desde la sal hasta el agua, no les vendían un pan y no quisieron darles alojamiento en ninguna casa, fonda o mesón, aunque aquéllos ofrecían pagar precios de nabab.

Supo eso el doctor Latorre —que era el cura de la parroquia— e inmediatamente, como el padre Rocca, el capellán de los “lazzaroni” reunió a sus feligreses y les predicó un elocuente sermón y les suplicó que acogieran a los confinados, si no como a personas notables, sí como a prójimos que se hallaban en desgracia.

Este sermón, que pudo acarrearle también un destierro al doctor de la Torre, surtió caritativos efectos, y fue la salvación de los confinados.

Muchos casos de la misma clase se conocen del doctor de la Torre; pero hoy me limito a relatar un razgo de ingenio suyo.

Era cura de no sé cuál parroquia de Bogotá el doctor de la Torre, hace muchos años, y en ese mismo barrio habitaba el poeta Clímaco Soto Borda.

A pesar de lo muy bohemio que era Clímaco —o quizá por lo mismo—, cultivaba cordialísimas

relaciones con el padre Latorre, y frecuentemente departían, no sin que el último aconsejara al primero mucho y bien, para ver de regenerar al autor de "Diana Cazadora".

Una mañana, a eso de las cinco, se dirigía el doctor de la Torre al templo parroquial, en momentos en que, en sentido contrario, Soto Borda iba para su casa.

Clímaco, apenas divisó a su austero amigo, a quien respetaba profundamente, se escondió en una tienda para no ser visto; pero el doctor de la Torre notó el hecho, sonrió y siguió su camino.

A los dos días se encontraron los dos de manos a boca, y después de un efusivo saludo, entablaron este diálogo:

—Por qué se escondió, Clímaco, antier cuando usted iba para su casa y yo para la iglesia?

—Doctor, por no encontrarme con el cura de mi pueblo.

—Usted no se encuentra nunca con su cura, porque usted no tiene cura.

SERENATA TRUNCA

Antonio Ferro, a quien todos conocemos con el apodo del «Jetón Ferro», es uno de los individuos más ingeniosos de Colombia.

Compañero e íntimo amigo de los de la «Gruta Simbólica», si no brilló como Soto Borda, Pombo y otros, ello se debió a que no vivía en Bogotá, y ya

sabemos que la gloria y la gloriola van del centro a la periferia. Además, su excesiva modestia le impedía publicar lo que escribía, y sigue impidiéndoselo.

Antonio Ferro fue en su juventud muy dado al peregrinaje y todos los pueblos de Boyacá vieron su pergenio bonachón, pues por ellos anduvo en busca de negocios en que se ganaba honradamente la vida y con los cuales adquirió un apacible bienestar.

En una de sus correrías juntóse Ferro con el inteligente caballero don Ignacio Borda, conocido con el hipocorístico de «Nacho Borda».

Fuéronse los dos por los pueblos de Boyacá, llamados por sus negocios, y el señor Borda que, como Ferro, se hallaba en toda la fuerza de la juventud y tenía su alma en su almario, consiguió una novia en la Villa de Leiva.

Es de saberse que don Nacho Borda poseía—y la posee aún, si no se le ha estropeado—una bella voz de barítono, y como el Jetón Ferro cantaba también muy hermosamente, el mejor medio de cultivar las novias era para ellos agobiarlas a tratamiento de serenatas.

Pues apenas notó el señor Borda que ya estaba flechada la garrida leivana, fuéronse los dos a rematar el flechazo con las correspondientes canciones amorosas.

Ensayáronse bien y apercebidos con su guitarra y su tiple, se situaron muy contentos,

«al pie de la reja,
en noche de luna».

La primera canción que debían disparar era una que reza así:

«Yo no puedo vivir sino a tu lado,
mi alma ya se rindió a tu corazón,
porque el mismo destino nos ha atado
con lazos encantados a los dos».

Echaron los dos trovadores el pasacanto con mil bordoneos, y fililíes, y Borda, que hacía el primo, empezó:

«Yo no puedo...»

Pero, por malos de sus pecados se le olvidó la letra, y repitió:

Nuevo olvido, y otra repetición del hemistiquio:

«Yo no puedo...»

Hasta que el jetón aburrido rompió a cantar solo:

«Yo tampoco...»

Yo tampoco...

Yo tampoco...

En la enumeración de grandes hombres hecha en el cuaderno anterior (N.^o 42), se nos quedaron tres muy notables:

CRISTIÁN HUYGHENS, holandés del siglo 17, matemático, astrónomo y físico, que descubrió el anillo de Saturno y aplicó el péndulo a los relojes murales y el resorte espiral a los de bolsillo;

J. C. OERSTED, danés, siglos 18 y 19, que descubrió el electromagnetismo; y

HERMANN L. J. HELMHOLTZ, alemán del siglo 19, físico y fisiólogo, que enriqueció brillantemente la acústica y la óptica.